

ras facultativas; las cuales hasta ahora y salvo en los casos de ayuda becaria, se veían obligadas a renunciar a tan legítimas aspiraciones por falta de recursos para mantener a los estudiantes en ciudades muy alejadas de sus hogares.

Es asombroso lo poco que se ha tenido en cuenta el tremendo problema geográfico de la región extremeña, con extensión desmesurada que iguala o supera la de varios países europeos, y las dificultades extremas que el problema acumula, tan pronto los habitantes de aquélla, por esta o por otras innumerables causas, se ven en el caso de viajar y con mayor razón de residir temporalmente en capitales populosas como Madrid y Sevilla, que son las más próximas y en realidad están situadas a gran distancia de sus límites. Incluso la posibilidad de no tener que hacer estas transmigraciones juveniles ha de repercutir, con los nuevos centros universitarios mucho más cerca, en el importantísimo campo moral, al facilitar a los padres la vigilancia y tutela de sus hijos en edades peligrosas.

Lo conseguido no es exacta y completamente la meta a que aspiramos, pero es un gran paso en su dirección: es el primero y más difícil paso. Hemos de agradecer al porfiado e indomitable afán de nuestras autoridades provinciales, gobernador civil y presidente de la Diputación principalmente, y a la comprensión de las jerarquías nacionales del ramo, esta primera e importante marca alcanzada, que ofrece a la provincia y a la región un pronóstico francamente optimista en cuanto a la valorización y aprovechamiento de su potencial tesoro intelectual.



tecnócratas y políticos

por
ANDRES SANCHEZ
PASCUAL

Catedrático de Filosofía en
la Universidad Laboral de
Alcalá de Henares. Profesor
de la Nueva Universidad
Autónoma de Madrid

SE han amontonado tantos y tan confusos tópicos sobre la relación entre la figura del político y la figura del tecnócrata (1), que resulta necesario comenzar con unas aclaraciones. Lo haremos en forma de principios.

Primer principio: *Las personas que actúan en la vida pública son, o tecnócratas o políticos.* Esta aparente trivialidad no lo es tanto, ya que obliga a autodefinirse a quienes de un modo o de otro manejan el poder público. Todos ellos tienen que escoger una de las partes de la alternativa. No es lícito decir que no se es ni una cosa ni otra. Cuando esto ocurre, no encontramos, o bien ante alguien que está consciente o inconscientemente fuera de lugar (siendo empleado, por tanto, como hombre de paja por otros), o bien ante alguien (y esto entraña mayor gravedad ética) que trata de enmascararse diciendo que él no es ni una cosa ni otra, o que es las dos a la vez, o que es algo distinto. Este principio no niega, desde luego, que alguien pueda ser un gran político y a la vez un gran tecnócrata en su campo. Pero como en política concreta no nos referimos a lo que las personas sean, sino a su

(1) Escribo «tecnócrata» y no «técnico» porque, a mi parecer, la diferencia entre el técnico (mejor ejecutor especializado) y el político, se encuentra ya definitivamente aclarada y explicada. No ocurre lo mismo en el caso del tecnócrata. Como su misma etimología indica, «tecnócrata» es el que aspira a ejercer el poder (esto es, señalar los fines de la comunidad) mediante la técnica ejecutiva (es decir, mediante medios). Más adelante trataremos de explicar esto. El problema «políticos versus tecnócratas» sí constituye un tema vivo, actual, y necesitado de aclaraciones,

modo de *actuación*, lo que este principio quiere significar es que, o se actúa como político, o se actúa como tecnócrata. No cabe otra alternativa. Lo demás es hipocresía o confusionismo.

Segundo principio: *El confundir la actuación política con la actuación tecnocrática es perjudicial para la comunidad.* Este principio se deriva del anterior y está enlazado con el siguiente. Cuando alguien cuya actuación debiera ser política quiere hacer de tecnócrata, revela dos graves escepticismos en su constitución espiritual. Primer escepticismo: que no cree en la política, puesto que abandona su verdadero campo de actividad. Segundo escepticismo: que tampoco cree en la tecnocracia, puesto que invade sin respeto un campo que en ese momento no le pertenece. Y esto es algo que sólo se atreve a hacerlo el escéptico, personaje que representa un grave peligro para la vida pública. Esto que decimos del político se podría aplicar igualmente al tecnócrata. (Pongamos un ejemplo trivial: si un abogado quiere actuar en un pueblo como médico, es evidente que no cree ni en su oficio de abogado, ni tampoco en el de médico, pues lo tiene en tan poca estima que no lo respeta). En consecuencia, cuando el político no hace política, y cuando el tecnócrata no hace tecnocracia, la comunidad se ve injustamente privada de dos funciones vitalmente necesarias y, por tanto, sufre perjuicio.

Tercer principio: *El político es el que fija los fines de la actuación pública; el tecnócrata es el que, sometido a aquellos fines, dispone los medios necesarios.* Esta es, sin duda, la verdadera clave de la diferenciación entre ambos personajes públicos. El político (una de las vocaciones más nobles y más necesarias para la sociedad, dicho sea de paso) es quien, ante las tareas a realizar, determina unas prioridades de actuación y fija unas metas que hay que conseguir para promover la justicia. Es, por tanto, el hombre de la visión amplia y, además, el hombre de mando. El tecnócrata, en cambio, es el que, compenetrado con aquellos fines, se preocupa de ejecutarlos de la manera más adecuada posible y con la máxima fidelidad al orden de prioridades y a los fines señalados. Es, pues, el hombre de la planificación cronconcreta. No hace falta subrayar que, siendo los fines superiores a los medios, el político en cuanto tal está por encima del tecnócrata. Este no puede, en cuanto tal, aspirar a la supremacía, pues desde ese momento está haciendo «política» (en sentido peyorativo).

Cuarto principio: *Cuando el político quiere ser tecnócrata, cae en el irrealismo y, por tanto, en la demagogia. Cuando el tecnó-*

crata quiere ser político, cae en la demagogia y, por tanto, en el irrealismo. Interesa señalar que siempre nos estamos refiriendo aquí al campo de la *actuación*. Pues bien, cuando el que está obligado a señalar unos fines desciende hasta la arena de la lucha por los medios, necesariamente da un paso en falso. Su mirada, que debiera ser amplia, se desenfoca al contacto con los detalles y corre peligro de confundir las dimensiones. Es decir, cae en el irrealismo. Y una vez metido en el pozo del irrealismo, el político intentará salir de él haciendo demagogia. A la inversa, cuando el tecnócrata, es decir, el hombre de las realizaciones, quiere pisar el terreno al hombre de mando, no puede hacerlo más que recurriendo a la demagogia, es decir, ofreciendo conscientemente algo que sabe no podrá nunca dar y, por lo tanto, cayendo en el reino de las falsas utopías y de las irrealidades. Así, pues, ¡atención! Cuando veamos que alguien que se autodefinió como político (primer principio) se desvía por el atajo de las fantasías, pensemos que se ha salido de su campo (en el que no cree) y que está a punto de despeñarse por la pendiente de la demagogia. Y cuando veamos que alguien que se autodefinió como tecnócrata empieza a hacer grandes e irrealizables promesas, ¡cuidado! Está haciendo demagogia y se desliza hacia el irrealismo.

Quinto principio: *El político, sin tecnócratas que le sirvan, lleva al despilfarro, El tecnócrata no sometido a unos fines políticos conduce a la destrucción de la vida pública.* Este quinto y último principio es el resumen y la consecuencia de los anteriores. La acumulación de fines políticos señalados y no cumplidos se parece gravemente al aumento de los *stocks* invendidos en las fábricas. Y es claro que, si no cuenta con tecnócratas, las metas señaladas por el político no se conseguirán jamás. Tal vez el político intente conquistarlas de por sí, y entonces caerá en los peligros señalados en el principio cuarto. En resumen, un político sin tecnócratas no produce más que inflación política. Y, dentro de la sociedad, produce un nerviosismo y una aparente actividad que a lo que más se asemeja es a los efectos producidos por la fiebre. Una sociedad con fiebre política es una sociedad enferma. Por su parte, cuando los tecnócratas convierten el hacer por el hacer en una finalidad en sí misma, confunden lo secundario con lo primario, confunden los medios con los fines. Y, faltos de control, también los tecnócratas producen en la sociedad un aparente activismo que no conduce más que a la ceguera pública. Los pueblos conducidos por meros tecnócratas acaban sufriendo graves desengaños, que nadie esperaba.

Estos podrían ser unos principios necesarios para clarificar las relaciones entre políticos y tecnócratas, que es uno de los temas más serios de la reflexión política actual. En cuanto principios, tenían que ser necesariamente abstractos, como toda teoría. Pero no se olvide que existen dos tipos de abstracción. La que viene simplemente de arriba, sin contacto con la realidad, y que es pura fantasía. Y la «abstracción» que consiste en sintetizar de manera teórica las enseñanzas de la praxis real. En este segundo caso, más que de «abstraer» debería hablarse de «extraer» (las enseñanzas vivas). Resulta manifiesto que nuestras consideraciones son «abstractas» sólo en el segundo de los sentidos, esto es, en sentido positivo. Por ello mismo, no son solamente un punto de partida, sino que contienen además una serie de indicaciones prácticas. Toda consideración ético-política es siempre de ese tipo.

Como prueba de lo que decimos, nos proponemos exponer en otro número de «ALCANTARA», un desarrollo concreto de los cinco principios descritos. Es decir, mostraremos un caso concreto de la vida pública en la que la confusión de tecnócratas y políticos produce los males indicados.

Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, ha aparecido la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos a: Servicios Culturales o a la Revista «ALCANTARA» - Cáceres

Clásicos del siglo XX

AMADO NERVO

1870 fue un año propicio a nacimientos o muertes de poetas y literatos. Meses atrás se ha conmemorado el centenario de José María Gabriel y Galán, a quien en el pasado número dedicamos destacado recuerdo. En el próximo diciembre se cumplirán los cien años de la muerte de Gustavo Adolfo Bécquer, a quien habremos de recordar en el número venidero. Hoy parece indicado que nuestra pequeña sección de clásicos de este siglo, venga señalada por alguna obra de Amado Nervo, genio del parnasianismo hispánico, cuyo nacimiento tuvo lugar también en el año 1870. Nervo era mejicano y como su casi compatriota Rubén Darío, fue un enamorado de la madre patria España, en donde hubo de residir por sus tareas diplomáticas. Su poesía es de elevados quilates, quintaesenciada y musical como todo el verso parnasiano, pero impregnada de sutiles melancolías y de acento filosófico. Amado Nervo está en la mitad del camino que va desde Rubén a Juan Ramón Jiménez. Escribió varios libros de poesía entre los cuales destaca el titulado «La amada inmóvil», al que pertenece la poesía que ilustra esta página.

MI SECRETO

¿Mi secreto?... ¡Es tan triste! Estoy perdido
de amores por un ser desaparecido,
por un alma liberta
que diez años fue mía y que se ha ido...
¿Mi secreto? Te lo diré al oído:
¡Estoy enamorado de una muerta!

¿Comprendes - tu que buscas los visibles
transportes, las reales, las tangibles
caricias de la hembra que se plasma
a todos los deseos invencibles -
ese imposible de los imposibles
de adorar a un fantasma?

¡Pues tal mi vida es y tal ha sido y será!
Si por mi sólo ha latido
su noble corazón hoy mudo y yerto,
¿he de mostrarme desagradecido
y olvidarla no más porque se ha ido
y dejarla, no más porque se ha muerto?